

LIBROS

MIGUEL LEÓN-PORTILLA: *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, 198 pp., Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

NO ES TAREA FÁCIL rastrear los pensamientos de los nahuas, debido, sobre todo, a la destrucción de numerosos códices y demás "obras del diablo" por los españoles a raíz de la conquista. Sólo nos quedan ruinas de edificios, pinturas y esculturas, datos recogidos por verdaderos humanistas españoles de labios de ancianos indios, así como documentos redactados por indígenas durante la dominación española. En los últimos años, varios investigadores, entre los que destacan el doctor Ángel María Garibay y el doctor Miguel León-Portilla, han publicado obras que nos hacen ver muchos aspectos poco conocidos de la vida náhuatl. Una nueva aportación en este sentido es el libro que nos proponemos comentar en esta ocasión, y que ya ha tenido una justificada y entusiasta acogida por el público.

Afortunadamente, los aztecas fueron un pueblo de gran sentido histórico. Siempre tuvieron mucho interés en que se conservara la memoria de sus hechos (aunque hubo, como lo veremos más adelante, una verdadera falsificación de historia en gran escala, realizada bajo la dirección de Tlacáélel, para borrar el recuerdo del origen modesto de los mexica y cimentar su aspiración al dominio mundial). Los españoles encontraron verdaderos archivos, las *amoxcalli* o "casas de códices". Los signos usados para escribir eran de cinco tipos diferentes:

numerales, que permitían realizar operaciones matemáticas con más facilidad que los números romanos, aunque eran menos prácticos que los arábigos que usamos hoy; calendáricos, de gran exactitud; pictográficos, que corresponden a la forma más primitiva de representación, ya que cada glifo sólo indica una cosa concreta, aunque los aztecas habían llegado ya a cierta simplificación que abre el paso a una forma superior de escritura; ideográficos, en los que una combinación de símbolos y colores permite indicar conceptos generales y abstractos como dios, movimiento, vida, etc., que no pueden representarse pictográficamente; y, por fin los signos fonéticos, paso a la forma superior de escritura. Existían numerosos símbolos para expresar sonidos, algunos de los cuales correspondían a sílabas en general, otros a sufixos o prefijos y también se representaban letras, como la a (a-tl, agua), la e (e-tl, frijol) y la o (o-tli, camino), usando el pictograma de la palabra correspondiente.

A pesar de su adelanto, esta escritura generalmente no proporcionaba más que cuadros esquemáticos; muchos matices no podían ser expresados en ella, era difícil indicar las causas de los acontecimientos o el carácter de las personas. Esta deficiencia se suplía con la tradición oral; los códices "se cantaban", se explicaban, como lo relata un poeta náhuatl:

Yo canto las pinturas del libro,
lo voy desplegando,
soy cual florido papagayo,
hago hablar los códices,

en el interior de la casa de las pinturas.
(p. 64)

Los primeros misioneros, con esta habilidad que los caracterizaba, supieron aprovechar muy bien tal forma indígena de transmitir sus experiencias, para explicar la doctrina cristiana. Hacían pintar en lienzos lo que querían llevar a la conciencia de los indios, y señalaban los dibujos mientras hablaban. Esta enseñanza "audiovisual" era de un efecto mucho mayor que la simple explicación verbal, tan en boga posteriormente.

No obstante las grandes destrucciones sufridas, no es escaso el número de documentos existentes; pero el largo tiempo en que permanecieron, de hecho, olvidados, ha vuelto muy difícil su interpretación. No se trata solamente de penetrar a sus palabras, sino a sus formas de pensar, a veces semejantes y a veces muy distintas a las acostumbradas por nosotros.

León-Portilla resuelve con acierto el problema. En la parte histórica del libro, no trata propiamente de hacer una crítica y exposición científica de hechos, sino de exponer las concepciones de los indios acerca del tema. Logra así una penetración en su espíritu, que nos revela mucho más vivamente su situación que un estudio de detalles.

El mundo para el indígena no ha sido creado una vez, ni existe desde siempre, sino que ha habido cuatro "soles" (edades) antes del nuestro, el quinto. Los hombres existentes durante el primer sol, de agua, fueron transformados en peces; los que siguieron eran gigantes extrañamente débiles: el que se caía, se caía para siempre. El tercer sol, de fuego, recuerda las erupciones volcánicas. "Y durante él llovió también arena. Y decían que en él llovieron las piedrezuelas que vemos, que hirvió la piedra tezontle y que entonces se enrojecieron los peñascos." (p. 15-16). Los hombres del cuarto sol fueron transformados en monos; actualmente vivimos en el período del quinto, de nombre cuatro-movimiento.

Los hombres no aparecieron espontáneamente: Quetzalcóatl, ya en el quinto sol, baja al lugar de los muertos para recuperar los huesos sagrados y así devolver a la vida a los humanos. Lo logra después de muchas dificultades, y también los dota del maíz, "nuestro sustento".

Después de haber residido un tiempo prolongado en Tamoanchan, donde "nosotros buscamos nuestra casa" (p. 21) se dirigen al "lugar donde se hacen los dioses", a Teotihuacán, el primer gran centro religioso indígena. Allí había tenido lugar en remotos tiempos la creación del sol y de la luna, por el sacrificio de los dioses. Más tarde los aztecas, continuando este mito, consideraron su deber alimentar al sol con sangre humana para perpetuar su movimiento y evitar que el mundo se acabara.

Nos acercamos a hechos más conocidos, referidos por relaciones de mayor contenido histórico. De Teotihuacán sabemos a ciencia cierta solamente... que existió, y que sus construcciones, sus esculturas y sus pinturas demuestran una íntima relación con las culturas posteriores. Pero ignoramos prácticamente todos los datos históricos concretos acerca de este centro. En cambio, conocemos bastante más de Tollan, la gran ciudad tolteca, antecedente inmediato de las culturas existentes a la llegada de los españoles. Allí en Tula, que parece haber sido originalmente una ciudad fortificada en los límites de la región civilizada, se funden influencias teotihuacanas y chichimecas. La importancia artística y cultural de Tula fue tan grande que la palabra "tolteca" llegó a ser el equivalente de "artista", "culto", en vez de designar solamente a un pueblo.

Muchas duras pugnas deben de haber tenido lugar en Tula. Su gran gobernante, Uncarrizo Quetzalcóatl, sacerdote del antiquísimo dios del mismo nombre, enemigo de los sacrificios humanos, tuvo que salir acompañado de gran parte del pueblo. Sin que podamos afirmar nada acerca de la exactitud de detalle del relato tolteca, los hechos nos

demuestran que hubo una dispersión importante de este pueblo, y que se fundaron varias poblaciones de raíz tolteca, como Cholula en el Altiplano y Chichén-Itzá en Yucatán.

En el Valle de México existen también ciudades de indudable influencia tolteca, aunque probablemente con mayor participación de otras culturas, como Coatlinchan, Texcoco, Azcapotzalco, Xochimilco, etc. En este escenario aparece el pueblo "cuyo rostro nadie conocía", pobre, perseguido y fiero: los aztecas.

Muy mal les fue al principio:

Así en ninguna parte pudieron estable-

(cerse,

sólo eran arrojados,

por todas partes eran perseguidos.

Vinieron a pasar a Coatepec,

vinieron a pasar a Tollan,

vinieron a pasar a Ichpuchco,

vinieron a pasar a Ecatepec,

luego a Chiquiuhpetitlán.

En seguida a Chapultepec

donde vino a establecerse mucha gente.

(p. 38)

No terminaron sus dificultades en Chapultepec. Al amparo de los culhúas se establecieron en Tizapán, lugar de abundantes serpientes, de las que los señores de Culhuacán esperaban que dieran buena cuenta de los aztecas. Sin embargo, no resultó así, sino que los aztecas aprovecharon a esos reptiles como alimento. En vez de sucumbir o someterse, el belicoso pueblo mexica iba ya imponiéndose a las condiciones. Algún tiempo después, tiene que emigrar nuevamente y se establece en un lugar pobre, pero protegido por las aguas del Lago de Texcoco, donde funda Tenochtitlan.

Durante casi cien años, los aztecas vivieron allí sometidos al dominio de Azcapotzalco, a veces más y a veces menos pesado. Es hacia 1426 cuando se plantea la lucha decisiva. Muerto el rey Tezozómoc, su hijo Maxtla pretende el dominio total

del Valle. Los aztecas se reúnen bajo la dirección de su señor Itzcoatl para deliberar acerca de la situación y la opinión general se inclina a rendirse ante el poderoso e invencible enemigo. Aparece entonces el joven Tlacaélel, descendiente del primer señor, Acamapichtli, y pronuncia un discurso memorable:

"¿Qué es esto, mexicanos? ¿Qué hacéis? Vosotros estáis sin juicio: aguardad, estaos quedos, dejadnos tomar más acuerdos sobre este negocio..." (p. 87). Tan convincente es Tlacaélel que los aztecas, aliados a los texcocanos de Netzahualcóyotl, deciden enfrentarse a Azcapotzalco. Y se produce el milagro: Maxtla es derrotado, y los vencedores, en triple alianza (México-*Texcoco-Tlacopan*) llegan a dominar el Valle y posteriormente casi todo el centro y sur de la actual República Mexicana.

La victoria no sólo había de dar por resultado la independencia de la ciudad y el principio del gran dominio de la Triple Alianza. También se reorganiza de raíz la vida de los mexica. Los jefes de sus ejércitos reciben títulos nobiliarios, y junto con éstos obtienen tierras de las quitadas a los pueblos sometidos.

No sabemos bien si aquí se encuentra realmente el origen de la propiedad privada sobre la tierra entre los aztecas, o si ésta es más antigua. De todas maneras, marca el inicio de una importante división en clases; aparece un grupo de señores que usufructúan tierras cultivadas por personas de un estatuto parecido al de los siervos medievales de Europa.

Otra modificación importantísima más se lleva a cabo en este tiempo: Itzcoatl, por consejo de Tlacaélel, ordena destruir los documentos que guardaban la historia del "pueblo cuyo rostro nadie conocía."

Se guardaba su historia.

Pero, entonces fue quemada:

cuando reinó Itzcoatl, en México.

Se tomó una resolución,

los señores mexica dijeron:

no conviene que toda la gente
conozca las pinturas. (p. 90-91)

La vieja historia llena de humillaciones es sustituida así por la leyenda del pueblo destinado por Huitzilopochtli a dominar al mundo, a mantenerlo vivo, alimentando al sol con la sangre de las víctimas humanas. En las declaraciones de Tlacaélel se mezclan los conceptos místicos con consideraciones sumamente prácticas. Así señala que es conveniente dejar un enemigo relativamente cerca de la ciudad de México, donde el dios pueda acudir cómodamente "con su ejército a comprar víctimas y gente que coma" (p. 95). Esto no obstaculizó, sin embargo, la extraordinaria extensión de las conquistas mexicanas.

Tlacaélel, el gran dirigente y reformador, vive muchos años. A la muerte de Moctezuma Ilhuicamina le es ofrecido el gobierno de Tenochtitlan. Su respuesta es realmente digna de atención. Dice, después de agradecer el ofrecimiento:

¿Luego no he sido nada?
¿pues para qué me he puesto corona en
(la cabeza?
¿ni he usado de las insignias reales que
(los reyes usan?
¿luego injustamente he muerto al delin-
(cuenta
y he perdonado al inocente?
¿luego no he podido hacer señores,
ni quitar señores como he puesto y com-
(puesto...?
y si lo pude hacer,
y lo he hecho ochenta o noventa años ha,
luego rey soy y por tal me habéis tenido;
¿pues qué más rey queréis que sea...?
(p. 98)

El imperio de la Triple Alianza llega a su máxima extensión y ve interrumpido su desarrollo por la llegada de los españoles bajo el gobierno de Moctezuma Xocoyotzin. Dos aspectos de la actuación de éste debemos destacar: por una parte, realiza una nueva reforma, en virtud de la cual únicamente personas que hayan pasado por el

Calmécac, es decir, hijos de nobles, pueden ocupar los puestos de importancia del gobierno. Llega a destituir a muchísimos antiguos funcionarios, provocando no pocos conflictos. Se manifiesta aquí la continuación de la reforma iniciada bajo Tlacaélel, una división más y más acentuada en clases sociales.

Por otra parte, parece haber en este señor un ensalzamiento de ideas pacíficas, poéticas, extraño a la tradición guerrera de Tenochtitlan. Su misma vacilación frente a los españoles puede haberse debido a una firme creencia en las tradiciones anteriores a las modificaciones impuestas por Tlacaélel, que hablan del futuro retorno de Quetzalcóatl.

La reforma de Tlacaélel no había logrado abarcar todo el mundo náhuatl. En un lugar tan cercano a México como Texcoco, Netzahualcóyotl, señor de esta ciudad, ordenó edificar un templo dedicado al "dios desconocido", en clara continuación de las concepciones poético-pacíficas de los toltecas. Y no solamente esto. En Huexotzinco, lugar sujeto al dominio de la Triple Alianza, se organizó en 1490 una verdadera mesa redonda, en la que se vierten conceptos francamente antagónicos a las ideas de Tenochtitlan. Ayocuan, poeta invitado a esta reunión, dice allí:

Asediada, odiada
sería la ciudad de Huexotzinco,
si estuviera rodeada de cactus,
Huexotzinco circundada de espinosas fle-
(chas.

El tímalo, la concha de tortuga
se destacan en tu casa,
permanecen en Huexotzinco.
Allí está Tecayehuatzin,
el señor Quecéhuatl,
allí tañe la flauta, canta,
en su casa de Huexotzinco. (p. 115).

Pero los invitados no se limitan a exaltar cortésmente las virtudes de la ciudad que los alberga. Llegan a las reflexiones más profundas, a las interrogaciones filosóficas

más audaces. Al igual que los pensadores griegos, tienen el atrevimiento de tratar de resolver por medio de la razón los grandes problemas que se plantean, en vez de apelar el auxilio de seres sobrenaturales como explicación. Dan así, ellos también, este gran paso en la liberación del pensamiento humano, que es la base de toda verdadera ciencia y filosofía.

Grande es la estimación que se tiene por el sabio:

"El sabio: una luz, una tea,
una gruesa tea que no ahuma.

El sabio verdadero es cuidadoso (como
un médico)

y guarda la tradición.

Suya es la sabiduría transmitida,
él es quien la enseña,
sigue la verdad,
no deja de amonestar. (p. 123).

Antes de hablar de las últimas consideraciones que nos trasmite León-Portilla, es oportuno hacer algunas reflexiones. Impresiona la profunda preocupación poética y filosófica de los indígenas, que contrasta con superficialidades como la declaración de Vasconcelos: "Nada destruyó España, porque nada existía digno de conservarse cuando ella llegó a estos territorios..."*

Si "nada" destruyó España, nada tenemos que observar. Pero como hubo mucho, es interesante comentar y no sólo resumir la obra de León-Portilla. Su enfoque es básicamente cultural y no social, es decir, trata de transmitir un ambiente y no de hacer un estudio científico. Por ello, algunos de los conceptos pueden dar lugar a interpretación errónea. Al hablar del conflicto de los aztecas con Culhuacán, el autor simplemente nos relata la versión indígena: se debió a que los aztecas sacrificaron y desollaron a la hija del señor Culhúa. No podemos poner en duda que esto haya sucedido, pero

* JOSÉ VASCONCELOS, Breve Historia de México, 2ª edición, Ediciones Botas, México, 1937.

nos parece superficial tomarlo como causa principal de aquella lucha. Sería como aceptar el rapto de Helena como causa de la Guerra de Troya, haciendo abstracción de las grandes rivalidades comerciales que existían entre esa ciudad y los aqueos.

Al hablar de la guerra con Tlaltelolco, León-Portilla señala que el conflicto familiar fue solamente el pretexto, mientras que la causa era el deseo de predominio de los señores tenochca (p. 100). ¿Por qué no hacer la misma reserva en el caso de Culhuacán?

Más importante es una objeción del mismo tipo en el caso de Tlacaélel. Varias veces (pp. 43 y 89) se nos dice en el libro que Tlacaélel fue el causante de la grandeza de Tenochtitlán. En nuestra opinión, tal interpretación peca de unilateral: Tlacaélel es más bien la expresión y el realizador genial de una transformación profunda, a la que sabe encauzar y dirigir. Pero no podríamos atribuir a su voluntad personal, sino a condiciones ya maduras, el establecimiento de la propiedad privada, la formación de una nobleza y, en general, toda la reorganización de los aztecas.

Los mismos nahuas, con su profundo sentido histórico, trataron de sacar las enseñanzas de su pasado. Su organización era fundamentalmente colectiva, lo que no impidió, (ni impide, ni ha impedido nunca) el fuerte desarrollo de las personalidades.

Una de las manifestaciones superiores de toda sociedad es su arte. Grande era la estimación por los artistas, como se revela en el relato siguiente:

Tolteca: artista, discípulo, abundante, múltiple, inquieto. El verdadero artista: capaz, se adiestra, es hábil; dialoga con su corazón, encuentra las cosas con su mente.

El torpe artista: obra al azar, se burla de la gente, opaca las cosas, pasa por encima del rostro de las cosas, obra sin cuidado, defrauda a las personas, es un ladrón. (p. 160).

La función del buen artista no se reducía a expresar ideas para un pequeño grupo: la educación general recibida por todo el pueblo en el tepochcalli le permitía entender los símbolos empleados. Esto, junto con una autocrítica constante, debe de haber hecho del arte azteca una expresión sumamente popular.

Ya mencionamos antes algunas de las profundas interrogantes filosóficas planteadas por los pensadores nahuas. Frente a lo percedero de nuestra existencia, "sólo por breve tiempo, sólo como la flor del elote..." (p. 137) vivimos, se levanta la afirmación optimista de la vida:

¿Y quién anda diciendo siempre
que así es en la tierra?
¿Quién trata de darse muerte?
¡hay afán, hay vida,
hay lucha, hay trabajo! (p. 174)

Los pensadores nahuas buscan la "raíz y el fundamento", la verdad de las cosas. La propia palabra "verdad", *neltiliztli*, implica la idea de que la verdad no consiste tan sólo en una reproducción fiel del fenómeno, sino en el encuentro de su "raíz", de sus causas.

Son notables los consejos que dan los padres a sus hijos. El discurso dirigido por el padre a la hija, probablemente al cumplir ésta los seis o siete años, está lleno de ternura, de enseñanza y de sabiduría:

"Aquí estás, mi hijita, mi collar de piedras finas, mi plumaje de quetzal, mi hechura humana, la nacida de mí. Tú eres mi sangre, mi color, en ti está mi imagen.

"Oye bien, hijita mía, niña mía: no es lugar de bienestar en la tierra, no hay alegría, no hay felicidad. Se dice que la tierra es lugar de alegría penosa, de alegría que punza.

"Así andan diciendo los viejos: para que no siempre andemos gimiendo, para que no estemos llenos de tristeza, el Señor Nuestro nos dio a los hombres la risa, el sueño, los

alimentos, nuestra fuerza y nuestra robustez y finalmente el acto sexual, por el cual se hace siembra de gentes." (p. 149)

Se exige responsabilidad del nuevo miembro de la comunidad; no se le ocultan las dificultades que habrá de vencer; pero tampoco se admite que se acobarde: "Hay afán, hay vida, hay lucha, hay trabajo. Se busca mujer, se busca marido." (p. 149)

La cultura azteca, donde combaten en lucha dialéctica el viejo concepto de Quetzalcóatl el sabio, con las ideas sanguinarias simbolizadas en Huitzilopochtli, exige del hombre bien formado que tenga "un rostro y un corazón", *in ixtili, in yóllotl*.

El hombre maduro:
corazón firme como la piedra,
corazón resistente como el tronco de un
(árbol;

rostro sabio,
dueño de un rostro y un corazón,
hábil y comprensivo.

La mujer ya lograda,
en la que se ponen los ojos...
la femineidad está en su rostro... (p.
147)

Realmente son importantes y bellas las enseñanzas provenientes de una de nuestras "raíces y fundamentos", que nos trasmite aquí León-Portilla en este libro de excelente presentación.

JUAN BROM O.

RODOLFO BLEDEL: *Crisis de la Universidad*, Buenos Aires, 1960, edic. del autor, 35 págs.

EL FOLLETO del profesor Rodolfo Ble-del, donde se encuentra la documentación referente al concurso para la cátedra de Economía II en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata (Argentina), es algo más que una simple exposición de argumentos legales e interpretaciones de reglamentos universitarios. Lo que para otra persona pudo haber sido nada más que una polémica en torno al